

**Sr. Franklin Domínguez**  
**Premio Nacional de Literatura 2003**

**Palabras de Agradecimiento**

Dar las gracias es más difícil, muchas veces, que reconocer con honestidad el mérito de los demás.

Pero dar las gracias se impone cuando se recibe un premio que ustedes han tenido la generosidad de otorgarme como respuesta a muchos años de trabajo y dedicación a una profesión muy dura: El teatro.

Yo lo acepto porque, sinceramente, creo que me lo he ganado, ya que escribir teatro en un país donde la actividad teatral prácticamente no existía, salvo la presencia de algunos circunstanciales grupos criollos que surgían principalmente en la Capital y una que otra compañía extranjera que nos visitaba para muchas veces aquí desintegrarse, constituye un verdadero acto de heroísmo.

Lo hemos dicho muchas veces: El teatro nace con el hombre, precedido por el infinito espectáculo que es la creación del Universo y la voz de acción de su divino director, el Creador, cuando ordena: “hágase la luz” y la luz se hizo. Y el teatro vive y vivirá mientras exista el hombre sobre la faz de la tierra. La República Dominicana, a pesar de las precariedades de la actividad escénica, ha hecho tradicionalmente del teatro su actividad artística preferida y sus autores, desde la época de Cristóbal de Llerena hasta el día de hoy, han dicho presente en todo el devenir histórico de nuestro país utilizándolo como el medio de denuncia más enérgico cuando se ha querido silenciar, como nefasto producto de una invasión, una ocupación militar, una dictadura, una torpeza política, la voz del ciudadano. Cuando no se le ha permitido al ciudadano expresarse libremente, el teatro dominicano ha hablado por él con responsabilidad y alto riesgo, sin temor.

¿Cómo digo las cosas en el teatro? Dentro de esa magia envolvente que es el teatro, es preciso señalar que una vez escrita la obra, los personajes adquieren vida propia, parecen seres ajenos completamente al autor y muchas veces estos personajes suelen independizarse del autor en sus ideas y expresiones, en un acto de rebeldía maravillosa que nos sorprende al momento de escribir, porque describimos en esos personajes ideas que nunca antes habían pasado por nuestra mente al momento de trazarlos y buscarles una identidad que los diferencie. Ahora bien, en mi teatro no aparecen las malas palabras ni las vulgaridades, tan frecuentes hoy en día en las producciones teatrales como forma de escandalizar un poco y atraer al público. Y no creo que sean necesarias. La prueba más contundente de esto es que uno de mis personajes más famosos, nacional e internacionalmente, es la Noemí de *“El Último*

*Instante*”, una prostituta, quien a lo largo de dos actos de actuación convincente y dramática no dice ni una sola palabra fuera de lugar. La obra fue escrita hace 45 años y ha dado y sigue dando muchos premios a sus intérpretes. Una obra para una actriz que ha sido interpretada también por dos actores en Colombia. Sólo en dos de mis obras he utilizado una palabrota, una sola, pero el público la aplaude delirantemente, porque es la única que puede decirse ante la situación de desfachatez política planteada en dos de mis sátiras. Esto quiere decir que, si sabemos decir las cosas, no habrá necesidad de recurrir a vulgaridades, y que, sin usarlas, hasta podemos ganar el Premio Nacional de Literatura.

Ahora bien, al recibir este premio, ¿qué esperamos para la literatura teatral y para el teatro? Sólo aspiramos a lo mínimo a que se puede aspirar en un país en que todas las cosas materiales son más importantes que las espirituales, en las que las plataformas de todos los partidos políticos le asignan un párrafo, un último párrafo, a veces adicional, como una nota al margen, para no dejar de incluirlo, al aspecto cultural del pueblo. Aspiramos a lo mínimo: apertura de escuelas de arte en todas las provincias, que incluyan la danza, el canto lírico, la música, el teatro con talleres de actuación, dirección y dramaturgia. Que cada municipio del país, que ahora tienen presupuestos independientes, con ayuda de la comunidad, comenzando por los ayuntamientos cabeceras de provincias, construyan su propio TEATRO MUNICIPAL que permitirá la visita de los grupos sinfónicos, teatrales, corales, de danza, de la ciudad capital y de otras provincias. Aspiramos a que la dirección de este hermoso Teatro Nacional, que con tanta hidalguía y mucho sacrificio desarrolla todo el año un programa cultural, cuente, como son sus aspiraciones desde hace muchos años, con un presupuesto fijo para programar sus propios espectáculos, nacionales e internacionales, ya que escasamente recibe el pago de salarios de sus empleados y gastos menores. Aspiramos a que, en vez de cerrarse salas de cultura se abran otras nuevas y que los veganos se movilicen activamente para que sea reabierto el Teatro Vega Real, que tanto contribuyó y debe seguir contribuyendo al esplendor cultural de la Ciudad Olímpica. Esperamos que entre todos, gobierno y buenas voluntades, que las hay muchas, podamos hacer realidad una planificación cultural seria, práctica, lógica, posible dentro de nuestras posibilidades presupuestarias bien equilibradas, y que el lema que enarbó el Consejo Nacional de Bellas Artes y de Deportes en 1966 de “Construyamos, un nuevo Centro Artístico Deportivo” se convierta ahora en “Construyamos un nuevo escenario para el Arte”. Si ese lema del Consejo Nacional se hubiera mantenido, tendríamos hoy escenarios y canchas en todos los parques y en las azoteas de las casas.

Gracias a la vida, como dice una hermosa canción, que me ha dado tanto. Y gracias al teatro por nacer con el hombre, por existir, transmitir y sobrevivir eternamente.

25 de marzo 2003